

hacer de manera que Marina venga á mi lado lo más pronto posible.

—Tiene usted razón; es el único medio. Ya que tengo que vivir, que pueda á lo menos gozar de la vida unida á un sér querido.

—Y ya que por primera vez hago de Providencia,—contestó la señora,—quiero como tal conseguir mi propósito. Ante todo conviene saber por donde se tiene que empezar.

Al decir esto, alzaba pensativa los ojos. La luz de la lámpara al caer de lleno sobre sus facciones dulcísimas y lozanas todavía, sobre los rubios rizos que caían sobre su pura frente, daba á su semblante tal encanto, una expresión tan virginal, que Polaniecki, aún cuando tenía embargada su mente por otros pensamientos, se acordó de que una vez Bukacki la había llamado *una virgen viuda*.

—Marina,—repuso la señora Emilia,—es un carácter leal, y por lo tanto creo que será mejor escribirle toda la verdad. Le diré todo cuanto en este momento me ha confiado usted; hablaré de su vivo arrepentimiento, y añadiré que tiene usted esperanza en el perdón y en una reconciliación próxima y completa.

—Y yo escribo inmediatamente á Masko. Vuelvo á comprar mi crédito sea cualquiera el precio que exija.

La señora Emilia se rió con toda su alma de esta salida.

—He aquí al positivista, al calculador, á este Polaniecki que se alaba de no tener el carácter ni la volubilidad del polaco.

—¿Y qué?—dijo jovialmente Polaniecki.—¿Aca-

so no es cálculo reconocer el valor de una cosa? ¿Pero quién nos garantiza que no conteste que está prometida ya con Masko?—agregó poniéndose repentinamente melancólico.

—No lo creo. El señor Masko será una persona excelente, mas para Marina no sirve. A ella no le gusta, esto me consta; y ella no se casará sin inclinación. Ya conoce usted á Marina. Por su parte haga usted todo lo que pueda para reparar el mal hecho pero respecto á Masko puede usted dormir tranquilo.

—¿Sabe usted lo que haré? En lugar de escribirle le enviaré un telegrama, no es posible que se detenga mucho tiempo en Kerzemien, y recibirá el despacho en Varsovia.

VIII

Dos días después llegaba la respuesta de Masko, concebida sencillamente en estos términos: «Ayer compré definitivamente Kerzemien.» Verdaderamente, después de la carta de Marina, era fácil de prever que la cosa acabaría de este modo; á pesar de lo cual, la respuesta de Masko fué un rudo golpe para Polaniecki.

La señora Emilia, que conocía mejor que nadie el cariño que Marina profesaba á Kerzemien, comprendió que la venta de la hacienda haría más difícil la reconciliación de los dos jóvenes.

—Si Masko no se casa con Marina,—dijo Polaniecki,—Plavicki quedará sin un céntimo. Si ahora Marina y su padre están sin recursos, deben agracermelo á mí.

—No es lo peor la venta de Kerzemien,—observó la señora Emilia;—la idea de que es usted quien tiene la culpa de tal venta, será lo que ocasionará más amargura á Marina.

Polaniecki, convencido de la exactitud de aquella observación, comprendió que Marina estaba completamente perdida para él. Por eso no le quedaba más que hacer que olvidarla y buscarse otra mujer.

Pero su corazón se reveló contra este pensamiento. Apoderóse de él un sentimiento de viva compasión hacia Marina, no pudiendo pensar en ella sin conmovirse. Y la consecuencia de todo esto fué que su amor creció de un modo extraordinario.

Una semana después llegó también la carta de Marina. Pero esta vez no se mencionaba el nombre de Polaniecki ni el de Masko. Marina daba cuenta de la venta de Kerzemien pero sin quejarse y sin explicar cómo había pasado la cosa.

De esto se podía deducir cuán profundamente había lacerado su corazón aquella venta. Polaniecki hubiera preferido oírse acusar abiertamente. Si su nombre no tenía sitio asignado en la carta, era una prueba de que Marina lo había expulsado por completo de su corazón.

En cambio el silencio sobre Masko podía interpretarse de distinto modo. Si tan encariñada estaba con Kerzemien, podía volver allá tendiendo la mano á su nuevo propietario y ¿quién sabe si ella no se había familiarizado ya con este pensamiento? Había empero las preocupaciones de raza de Plavicki pero Masko conocía al viejo egoísta, sabía que en determinadas circunstancias habría sacrifi-

cado, no tan sólo las preocupaciones, sino hasta su propia hija.

La residencia de Reinchenhall, donde tenía que contentarse con esperar noticias sin poder obrar, se le había hecho insoportable, y por lo tanto, resolvió partir. Esta resolución le animó un poco. De cerca, habría podido juzgar los hechos con mayor claridad, y podía además trabajar por su causa.

La señora Emilia y Litka no se sorprendieron de esta imprevista resolución; por otra parte, su partida debía precedir de pocos días á la de ellas, porque la señora Emilia había resuelto partir á mediados de Agosto.

El día de la partida, la madre y la hija, y también Vascovski, le acompañaron á la estación. Desde la ventanilla del coche veía los tristes ojos de Litka fijos en él, lo propio que los de la señora Emilia, cuyo semblante expresaba la melancolía que aquella partida le causaba.

Impresionóle, sin embargo, la belleza de la joven viuda, y contempló lleno de asombro sus delicadas facciones, su expresión angelical y el virginal aspecto de aquel cuerpo que resaltaba con su negro vestido.

—¡Adiós!—dijo la señora Emilia;—escribame usted desde Varsovia; dentro de tres semanas nos volveremos á ver.

—No dejaré de escribir. ¡Adiós, Litka, hasta la vista!

—Hasta la vista.

—Piensen ustedes alguna vez en su amigo,—añadió él, tendiéndoles la mano desde el ventanillo.

—No le olvidaremos. ¿Tenemos que rezar para

que consiga usted su objeto?—preguntó sonriéndose la señora Emilia.

—¡Oh, sí! Desde este instante se lo agradezco. ¡Hasta la vista, señor profesor!

En este instante el tren se puso en movimiento. La madre y la hija le saludaron de nuevo con sus sombrillas. Luego el ventanillo á que Polaniecki estaba asomado quedó envuelto en densas nubes de vapor.

—Mamá,—preguntó Litka,—¿de veras tenemos que rezar por el señor Stach?

—Sin duda: tenemos que rogar á Dios para que le haga dichoso.

—¿Acaso es desgraciado?

—No... es decir... Ha tenido muchos disgustos.

—Sí, lo sé desde el día en que estuvimos en el lago de Thum,—dijo Litka.

Y tras una breve pausa continuó:

—Sí, quiero rezar por él.

El profesor Vascovski, que entre sus virtudes no tenía la de saber poner freno á su lengua, le dijo á la señora Emilia, mientras Litka caminaba delante de ellos:

—Tiene un corazón de oro; la quiere á usted como á una hermana. Ahora que todos los recelos respecto á la salud de su hija han desaparecido, puedo decirle que Polaniecki fué á Múnaco á buscar al especialista que ha visitado á Litka.

—¿El?—exclamó la señora Emilia,—¡qué corazón tan noble!

Y tras un breve espacio de silencio, añadió:

—Le recompensaré ayudándole á reconquistar á Marina.

Polaniecki partía con el corazón lleno de gratitud hacia la señora Emilia. Sentado en un ángulo del compartimento iba pensando:

—¿Si me hubiese enamorado de ella? ¡Cuánta tranquilidad, cuán sólida felicidad gozaría! Habría encontrado el objeto de mi vida, habría sabido para quién trabajar. Ella afirma que no se quiere volver á casar, pero conmigo, ¿quién sabe? Aquella señorita será el colmo de la perfección, pero debe tener el corazón frío.

Mas durante todo el viaje, únicamente pensó en *aquella señorita*.

—Le he robado la casa paterna,—decíase á sí mismo,—tal vez la he puesto en medio de la calle. No hice otra cosa que seguir el consejo de la venganza, pero mi conciencia no me deja tranquilo, y por lo tanto, tengo que reparar el mal que he hecho. ¿Pero, de qué manera? Volver á comprar Kerzemienn, es imposible: no soy bastante rico. Podría hacerlo quizás realizando todos mis capitales y sacrificando mi posición mas esto sería también la ruina de Bigiel. De consiguiente no me queda más que un medio: reanudar mis relaciones con Plavicki y pedir la mano de Mariana. Si se me rechaza, paciencia. A lo menos habré cumplido mi deber.

Ocupada la imaginación con estos pensamientos, llegó Polaniecki á Salzburgo. Como faltaba una hora larga para la llegada del tren que conducía á Múnaco y á Viena, resolvió dar un paseo por la ciudad.

Pero en el restaurant de la estación divisó inesperadamente á Bukacki, cuya pequeña cabeza es-

taba cubierta con un sombrero blanco todavía más pequeño.

—¡Eh, Bukacki! ¿eres tú ó tu sombra?—exclamó.

—Tranquilízate, soy yo,—contestó Bukacki saludándole con flema y como si se hubieran separado una hora antes.—¿Cómo vas?

—¿Qué haces aquí?

—Estoy comiendo una chuleta frita.

—¿Vas á Reinchehall?

—Sí. ¿Y tú vuelves á casa?

—Sí.

—Has hecho la corte á la señora Emilia?

—No.

—Está bien, hijo mío; así puedo continuar tranquilamente mi viaje.

—Guarda tus bromas para ocasión más oportuna. Litka está muy enferma.

Y en breves palabras le enteró del estado de Litka y de la opinión de los médicos. Bukacki guardó un instante de silencio y luego dijo:

—El hombre no tiene que ser pesimista. ¡Pobre niña! ¡Y pobre madre! ¿Quién sabe si podrá sobre llevar tan cruel dolor? Pero es tan piadosa, que quizás la fe en Dios la preservará de la desesperación.

—Salgamos un momento: aquí uno se muere de calor.

Mientras iban andando, Bukacki repuso:

—El hombre no tiene que ser pesimista. ¡Pobre niña!

Polaniecki, abrumado en dolorosos pensamientos, no contestaba.

—Ahora,—continuó Bukacki,—no sé si debo se-

guir ó no hacia Reinchenhall. En Varsovia, faltando ella, me falta todo. Estaba acostumbrado á hacerle mi declaración de amor una vez al mes y á ser rechazado. Así pasaba el tiempo, esperando siempre á que llegase el primero de mes para volver á empezar. ¿Conoce la señora Emilia el peligro?

—No; el estado de la niña es muy grave, pero es probable que pueda alcanzar todavía un par de años.

Después de una breve pausa, Polaniecki preguntó:

—Dime, ¿qué novedades traes de Varsovia? ¿Has visto á Masko antes de partir?

Esas dos preguntas pugnaban ya por salir de los labios del joven desde el instante en que se encontró con su amigo.

—Sí, ha comprado Kerzemien y se ha convertido en un gran propietario, y como es un truhán, ahora trata también de hacerse querer.

—¿No se casa con la señorita Plavicki?

—Creo que tiene otra idea.

—¿Dónde se hallan actualmente Plavicki y su hija?

—En Varsovia. Se hospedan en la fonda de Roma: la chica no tiene nada de fea. Como pariente los visito y hasta hablamos de tí.

—Debías haber escogido un asunto de conversación un poco más halagüeño para ella.

—Plavicki dice que tú, sin querer, le has prestado un gran servicio. Le pregunté á la señorita si te conocía antes de tu visita á Kerzemien, y me contestó que cuando vino por primera vez á Varsovia, tú te hallabas en el extranjero.

—Es verdad; estaba viajando para el negocio.

—No me ha parecido que te tuviera rencor. Como sé que le gustaba mucho el campo, supongo que este nuevo género de vida la tendrá triste; pero no lo demuestra.

—Tal vez me lo demostrará á mí y no tardará en tener la ocasión, porque en cuanto llegue á Varsovia, iré en seguida en busca de ella.

—Entonces, hazme un favor, cástate con la señorita Plavicki. De entre dos males, es preferible que escoja el menor; y yo prefiero llegar á ser primo tuyo, que serlo de Masko.

—Bien,—contestó Polaniecki con sequedad.

IX

Apenas llegado á Varsovia, Polaniecki corrió á casa de Bigiel, el cual le enteró de las condiciones con que se había realizado la venta de Kerzemien. Estas eran ventajosas para Masko, quien se había comprometido á pagar, en el término de un año, treinta mil rublos, que se obtendrían con la venta de Magierov.

Obligábase, además, á pasar al señor Plavicki una renta anual vitalicia de tres mil rublos. A primera vista, estas condiciones no le parecieron á Polaniecki muy desfavorables para Plavicki pero Bigiel era de contraria opinión.

—No me precipito en mis opiniones,—dijo,—pero Plavicki es un viejo egoísta que sacrificará el porvenir de su hija, y además es un hombre ligero. La renta vitalicia se debe pagar con lo que se saque de los productos anuales de Kerzemien, pero Ker-

zemien, como todas las haciendas que han estado próximas á la ruina, tiene un valor ilusorio, y casi nada debe producir. Si Masko consigue ponerlo en orden, todo irá bien; si no lo consigue empezará á retardar los pagos, y Plavicki tendrá que estar, tal vez mucho tiempo, sin ver un céntimo. Y entonces, ¿qué hará? ¿Volverse á quedar con Kerzemien? En el entre tanto Masko contraerá nuevas deudas, aunque no sea más que para pagar las atrasadas; tal vez hará bancarrota, y entonces sólo Dios sabe cuántos acreedores alargarán sus manos sobre la desdichada hacienda. Todo depende de la honradez y de la habilidad de Masko, el cual podrá ser un hombre excelente, pero es demasiado atrevido en los negocios, y un sólo paso en falso le precipitará á la ruina. ¿Quién puede asegurar que esta compra no sea ya el paso en falso? Para poner en orden Kerzemien se verá precisado desde luego á hacer uso de su crédito hasta el extremo.

—Pero de todos modos, al señor Plavicki le quedará íntegro el dinero que produzca la venta de Magierov.

—Si el viejo no los derrocha ó no los pierde al juego.

—Eso no sucederá. Ya que fui yo la causa de la venta, yo mismo pensaré en la manera de prevenir sus consecuencias.

—¡Tú!—exclamó Bigiel sorprendido.—Yo creía que vuestras relaciones estaban rotas por completo.

—Las quiero reanudar. Mañana iré á visitar al señor Plavicki.

—¿Quieres que te acompañe? Si vas solo es difícil que te reciban.

—Te agradezco la oferta, pero deseo ir solo.

—Como te parezca.

Al día siguiente, después de una esmerada *toilette*, se encaminó hacia la residencia del señor Plavicki.

Cuando llegó frente á la fonda de Roma, el corazón le palpitaba con violencia.

—Casi sería de desear que no los encontrase,—pensaba entre sí.—Le dejaré mi tarjeta y esperaré á ver si Plavicki me devuelve la visita. Pero vamos, valor.

Y entregó al portero su tarjeta.

Pocos minutos después fué introducido.

El señor Plavicki estaba sentado á la mesa: de cuando en cuando aspiraba una bocanada de humo de la pipa que tenía en la mano. Al aparecer Polaniecki, levantó la cabeza, y mirándole á través de los lentes, dijo:

—Ten la bondad de sentarte.

—He sabido por Bigiel que se hallaba usted en Varsovia,—empezó á decir Polaniecki,—y no he querido dejar de venir á saludarle.

—Es mucha cortesía por tu parte,—contestó Plavicki;—pero, á decir verdad, no me esperaba una visita tuya. Como has cumplido espontáneamente tus deberes, yo, como más viejo, no puedo menos de acogerte bien.

Al decir esto, tendió la mano á Polaniecki.

—Lléveme el diablo si he venido por tí,—pensó Polaniecki.

Y luego preguntó:

—¿De modo que ha trasladado usted sus cuarteles á Varsovia?

—Sí. A decir verdad, yo soy un viejo campesino acostumbrado á levantarme con el sol y á pasearme por los campos, y de consiguiente no me hallaré tan á mis anchas en vuestra Varsovia. He hecho este sacrificio por mi hija.

Polaniecki se acordaba de que en Kerzemien, Plavicki nunca se levantaba antes de las once, y que el trabajo no le ocupaba gran cosa, pero no hizo caso de las observaciones del viejo, especialmente en aquel momento, porque estaba preocupado por una idea muy distinta. Una puerta abierta en la habitación de Plavicki conducía á otra pieza, que debía estar ocupada por la señorita Marina.

—¿No podré tener el gusto de saludar á la señorita Marina?

—Marina ha salido para ver un piso que he tomado en alquiler esta mañana. Volverá en seguida, porque es á dos pasos de aquí.

Precisamente en aquel momento entró alguien en la habitación inmediata.

—De seguro que es Marina,—observó Plavicki. Y luego, alzando la voz, preguntó:

—¡Marina! ¿eres tú?

—Sí.

—Ven, tenemos visitas.

La señorita Marina apareció en el umbral de la puerta. Al ver á Polaniecki, retratóse en su semblante la expresión de un profundo asombro. Polaniecki se levantó, inclinóse delante de ella y le tendió la mano. Esta correspondió con frialdad, pero cortesmente, á su saludo. Luego, volviéndose á su padre dijo:

—He visto el piso, es bonito y cómodo, pero temo que la calle sea muy ruidosa.

—Todas las calles son ruidosas, ya comprendes que no estamos en el campo.

—Os ruego que me dispenseis,—dijo Marina.—Tengo que quitarme el sombrero.

Y se volvió á su habitación.

—No volverá á dejarse ver,—pensó Polaniecki.

Pero no fué así, pues en cuanto se hubo quitado el sombrero y arreglado el peinado, reapareció diciendo:

—¿Estorbo?

—No,—respondió su padre:—no hablamos de negocios, de lo cual me alegro mucho.

Polaniecki se ruborizó ligeramente, y para dar otro sesgo á la conversación dijo:

—Vengo de Reinchenhall y le traigo á usted señorita, recuerdos de la señora Evatovscki. Este es uno de los motivos que me han animado á venir.

Por un instante desapareció la frialdad del rostro de Marina.

—Emilia me ha escrito, hablándome de la enfermedad de Litka: ¿ó como está ahora la niña?

—Los ataques cardíacos no se han repetido.

—Espero carta suya: tal vez habrá ido á Kerzemien porque probablemente Emilia no sabe todavía que estoy en Varsovia.

—La reexpedirán aquí,—observó Plavicki.

—¿De modo que no volverá usted al campo?—preguntó Polaniecki.

—No, nos hemos establecido definitivamente en la ciudad,—respondió Marina.

Un breve silencio siguió á estas palabras. Pola-

niecki trataba en vano de volver á encontrar en el rostro de la niña, la expresión dulce y amigable á que se había acostumbrado en Kerzemien.

—Ya sé que tiene usted cariño á Kerzemien,—empezó á decir de improviso,—y sé que yo soy la causa de su venta. Lo deploro vivamente y jamás cesaré de deplorarla. No quiero aducir en disculpa mía que fué la cólera la que me arrastró, porque, por el contrario, meditè detenidamente la cosa. Lo que hice no fué ni justo ni razonable, y si mi falta fué grande con tanto mayor motivo debo implorar el perdón.

Después de pronunciar estas palabras se levantó. Sus mejillas estaban cubiertas de vivo carmín, y sus miradas expresaban la sinceridad de sus palabras, más estas no produjeron efecto. Había equivocado el camino. No conocía bastante á las mujeres, porque de ser así, habría sabido que sus juicios sobre los hombres dependen principalmente del estado de sus sentimientos.

El hombre que ha provocado, aún cuando solo sea por una vez, la aversión en una mujer, á los ojos de ella jamás tendrá razón. De ahí el que á Marina le desagradase la franqueza de Polaniecki. Ved ahí cual fué su primer pensamiento.

—¿Pero que hombre ese se que hoy juzga irracional y mal hecho lo que ayer hizo con toda premeditación?

Para ella la venta de Kerzemien era una herida, de la cual brotaba sangre al menor contacto. Y ahora sentía que Polaniecki, con la brutalidad del hombre grosero y sin nervios, la había vuelto á abrir.

Con la mirada fija en su semblante, aguardaba él á que ella le tendiera la mano en señal de perdón, pero la mirada de Marina era sombría, la expresión de su rostro era de una frialdad aterradora.

—¡Oh! no se preocupe usted por eso,—contestó la joven con glacial cortesía.—Mi padre está muy satisfecho de la manera como han ido las cosas.

Mientras hablaba así, habíase puesto en pié, como para darle á entender que estaba terminada su visita. Polaniecki vaciló aún por un instante, á pesar de que se sentía rebajado, á pesar de que su corazón estaba agobiado por la humillación que se le acababa de imponer.

—Si es así,—dijo,—tanto mejor, bien está lo que acaba bien.

—Sí, sí: hemos hecho un buen negocio,—añadió Plavicki.

Polaniecki abandonó la habitación, se caló el sombrero y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, murmurando:

—No me volveréis á ver más en vuestra casa.

No quería volver á su casa porque le ahogaba la cólera. Siguió pues andando sin dirección fija. Le parecía que ya no amaba á Marina y que por el contrario la odiaba; más cuando se hubo sosegado un poco, se dió cuenta de que su vista le había conmovido profundamente y de que, á pesar de su cólera, experimentaba un sentimiento de admiración hacia ella.

Ahora en su imaginación existían á un tiempo mismo dos Marinas, una dulce afable y amorosa, era la Marina de Kerzemien; en cambio la otra al-

tiva y desdeñosa era la señorita de Varsovia que le había rechazado.

Polaniecki que jamás se habría imaginado que Marina pudiera ser tal como se le había mostrado en aquel día, notaba que á su cólera venía á mezclarse un sentimiento de asombro. Convencido de su propio valor, había creído que le bastaba tan solo tender la mano para volver á ser admitido en seguida á la gracia de la niña, y había acaecido todo lo contrario. La mansa joven se había transformado de improviso en una princesa que trataba á su capricho al vasallo sometido.

Dominado por estos pensamientos, había llegado sin notarlo á uno de los parajes más excéntricos de la ciudad.

—¿A donde diablos he ido á parar?—se preguntó deteniéndose.

El día tocaba á su término: delante del joven, después de los verdes céspedes y de los árboles extendíase la llanura inmensa é igual, limitada á lo lejos en el horizonte por pequeñas nubes de color de rosa. Estas nubes se extendían sobre Kerzemien, sobre aquel Herzemien tan querido por Marina, é inexorablemente perdido para ella. A su vista, desaparecía como por encanto la cólera de Polaniecki; su conciencia le había murmurado: «Has cosechado lo que sembrastes».

Daban las nueve cuando llegó á casa de Bigiel.

Este se hallaba en la galería, junto á la puerta del jardín, muy entretenido en tocar la cítara.

En cuanto divisó á Polaniecki, interrumpió con un trémolo la sonata, y preguntó:

—¿Has estado en casa de los Plavicki?

—Sí.

—¿Has hablado con la señorita Marina?

—Sí, me ha producido el efecto de una ducha de agua helada. Sin embargo en esta estación tan calurosa, es agradable. No he sido acojido con mucha cortesía.

—Lo había previsto.

—Continúa tu sonata

Bigiel empezó á tocar un nocturno titulado «El Sueño». Mientras tocaba, ora cerraba los ojos, ora los fijaba en la luna que estaba ya alta en el horizonte. En medio del profundo silencio de la noche, el dulce sonido de la cítara llenaba toda la casa, todo el jardín. Terminada la sonata, permaneció silencioso por un instante y luego dijo:

—¿Sabes lo que se tendría que hacer? En cuanto esté de vuelta la señora Emilia, mi mujer podrá invitarla á ella y á la señorita Plavicki á venir á nuestra finca. Mucho será que no se rompa el hielo que os separa.

—Vuelve á tocar «El Sueño»

Y las argentinas notas de la cítara brotaron de nuevo en medio de aquella plácida noche.

X

El señor Plavicki era un hombre bien educado; de consiguiente, tres días después devolvía la visita á Polaniecki. Este no pudo menos que asombrarse de la influencia de la vida de ciudad en su pariente. Toda la persona del viejo había adquirido el sello del perfecto elegante. Llevaba en el ojal un clavel rosa.

—Confieso que á primera vista no le había reconocido,— exclamó Polaniecki.— Parece usted un joven.

—*Bohjour, boniour*,—contestó Plavicki.—El día está muy cubierto, y se vé poco, por eso me has tomado por un joven.

—Cubierto, ó nó,—replicó Polaniecki,—su cara la veo perfectamente.

Y dió sin ceremonia un golpecito al viejo en el hombro, le contempló atentamente, y añadió:

—Es usted flexible como una señorita. ¡Oh! si yo tuviese una estatura como la suya...

Plavicki, algo picado por esta acogida algo más *sans facon* de lo que juzgaba natural, pero al propio tiempo muy satisfecho por la sorpresa que había producido,—respondió.

—*Voyons*, estás loco. Casi, casi tendría que enfadarme.

Luego continuó, mientras se arrellanaba en una butaca.

—Masko me ha invitado á almorzar, junto con otras personas. De momento había rehusado para no dejar sola á Marina; pero luego he acabado por aceptar, pensando que por ella he vivido tanto tiempo en el campo, y que me convenía una ligera distracción. ¿Has recibido tú la invitación?

—No.

—Me extraña. Verdad es que eres un hombre de negocios, pero también llevas un nombre ilustre. Al fin y al cabo Masko es simplemente un abogado. Sin embargo, te confieso que jamás habría creído que pudiera alcanzar una posición tan importante.

—Masko es un individuo que no se arredra por nada.

—Sí, es bien recibido en todas partes. Yo mismo había tenido en otro tiempo ciertas prevenciones contra él.

—¿Y ahora?

—He de convenir que en el asunto de la venta de Kerzemien, se ha portado como un verdadero caballero.

—¿Es de la misma opinión la señorita Marina?

—Sin duda; por más que se me figura que todavía está apesadumbrada por la pérdida de la hacienda. Yo me he desembarazado de la finca por ella, pero la juventud nada entiende de estas cosas. Respecto á Masko, verdad es que ha comprado Kerzemien, pero...

—Pero está dispuesto á devolverlo.

—Eres pariente mío, y por lo tanto todo te lo puedo decir. La última vez que vinimos á Varsovia, hizo la corte á Marina, pero entonces esta era demasiado joven; no le gustaba mucho, y yo mismo tenía mis prevenciones respecto á su familia, y por lo tanto, la cosa no tuvo consecuencias.

—En cambio ahora es muy distinto.

—Hazte cargo de que, haber vendido Kerzemien, y volver luego á adquirirla, es cosa que vale la pena. Pero Marina es una muchacha muy singular. Siento tener que decirlo, pero á veces es más fácil conocer el corazón de un estraño que el de nuestra propia hija. Pero ella tendría que decir como Talleyrand «Paris bien vale una misa».

—Yo creí que ésta era una frase de Enrique IV.

—Vosotros los jóvenes no tenéis afición alguna

al estudio de la historia. Vuestro único objetivo es el dinero, y os tiene sin cuidado el saber lo que puede haber dicho Talleyrand. Decía, pues, que todo depende de Marina, pero yo no influyo en su voluntad. Por otra parte en las condiciones en que nosotros nos hallamos, mi hija puede aspirar muy bien á un partido mejor; no sería cuestión sino de frecuentar algo más la sociedad y de reanudar nuestras antiguas relaciones. Esto será pesado para mí, pero algo hay que hacer para una hija. ¿Te figuras tal vez, que la invitación de Masko me ha gustado? No tal. Pero es preciso que me relacione con los jóvenes y con los solteros. Espero que tu tampoco no nos olvidarás.

—No por cierto.

—¿Sabes lo que dicen de tí? Que ganas el dinero á manos llenas. Positivamente que esta habilidad no la has heredado de tu padre. Con esto no quiero ofenderte, pues por el contrario, te tengo cierta simpatía, á pesar de que me trataste como le trata el lobo al carnero.

—Es una simpatía recíproca,—dijo Polaniecki.

Esta vez Plavicki no mentía. Sería tal vez una admiración instintiva por la riqueza. Pero no cabe duda que aquel joven comerciante que sabía ganar tanto dinero, le interesaba en sumo grado.

—¡Que bien instalado estás! ¡que lujo!—repuso el viejo.—¿Por qué no te casas?

—Me casaré en cuanto se me presente una oportunidad.

Sonrióse maliciosamente el señor Plavicki, y golpeando ligeramente el hombro de Polaniecki,—dijo:

—No te hagas el inocente, todo lo sé, todo lo sé, ¡y hasta con quien!

—¡Que astuto es usted!—respondió Polaniecki.—Es usted un diplomático finísimo, y nada se le puede ocultar.

—Es una viuda, ¿verdad?

—¡Tío!...

—Te deseo todo género de felicidades... Ahora me tengo que ir: se acerca la hora del almuerzo. Esta tarde voy al concierto suizo.

—¿Va usted con Masko?

—Con Marina, pero Masko se nos reunirá allí.

—Yo iré con Rigiel.

—Hasta la vista.

Aún cuando le gustaba la música, Polaniecki hasta entonces no había tenido ni la más remota idea de ir á aquel concierto. Bigiel fué á verle después de mediodía para arreglar ciertos negocios, y se dejó persuadir fácilmente por su amigo; y á eso de las cuatro entraron juntos en la sala de los Suizos.

Era un continuo ir y venir de señoras jóvenes y de señoritas que con sus claros y ligeros vestidos de verano, producían el efecto de un enjambre de mariposas multicolores. Entre ellas debía hallarse también Marina.

La orquesta dió principio á la primera tocata, antes de que él la hubiese podido distinguir entre la multitud. Tuvo que sentarse y escuchar forzosamente, incomodado contra Bigiel que permanecía tranquilo en su asiento con los ojos medio entornados para saborear mejor la música. Terminada la primera pieza, divisó al fin el lustroso sombrero de

copa y los bigotes teñidos de negro del señor Plavicki. Sentada á su lado estaba Marina ocupada en hablar con Masko, que tenía más que nunca el aspecto de un lord inglés.

—El señor Plavicki y su hija están aquí,—dijo Polaniecki;—tenemos que ir á saludarles.

—¿Dónde están?

—Mira allí, al lado de Masko.

—Es verdad: vamos allá.

Marina, á quien Bigiel le era muy simpático, saludó cordialmente á éste, mientras que á Polaniecki se limitó á hacerle una ligera inclinación de cabeza; después preguntó por la esposa y los hijos del primero, y éste la invitó á ir con su padre á pasar un domingo en su residencia de verano.

—Mi mujer estará muy contenta de ver á usted. Tal vez hasta pueda venir la señora Emilia.

Marina quería contestar, pero el señor Plavicki se le adelantó y aceptó la invitación. Acordaron que la visita se efectuaría después del mediodía, y que regresarían por la noche, porque la quinta de Bigiel no distaba mucho de la ciudad.

—Y ahora,—dijo Plavicki,—tome usted asiento; todavía hay sillas por ahí cerca.

Polaniecki se volvió á Marina y la preguntó:

—¿Ha tenido usted noticias de la señora Emilia?

—Iba á dirigirle la misma pregunta,—contestó Marina.

—Mañana pienso ponerle un telegrama para tener noticias de Litka.

Con estas palabras terminó el diálogo, y Marina reanudó su conversación con Masko. Rigiel se sen-

tó juntó á Plavicki, y Polaniecki tuvo que colocarse á alguna distancia del resto de la compañía.

Desde el sitio donde se hallaba solo podía distinguir el perfil de Marina. Parecióle que había adelgazado. En toda ella se revelaba el aspecto de la verdadera ciudadana; el elegante corte del vestido, el peinado cuidadosamente hecho á la última moda, todo en fin, contribuía á hacer de ella una mujer distinta; ya no era la modesta jovencita de Kerzemien. Para Polaniecki era ahora de una belleza completa y exquisita, y sin dejar de contemplarla, pensaba:

—¡Que felicidad, poseer una esposa semejante!

Pero la niña tenía fija toda su atención en Masko, y si Polaniecki no hubiese estado tan conmovido, tal vez se le habría ocurrido la sospecha de que lo hacía adrede para darle celos. El asunto de la conversación debía ser muy importante, porque de vez en cuando se coloreaba vivamente el rostro de Marina.

—Coquetea con él,—murmuró entre dientes Polaniecki.

De buena gana habría querido enterarse de lo que decían; pero entre él y Marina había otras dos personas; sin embargo, cuando lo orquesta hubo acabado de ejecutar la segunda pieza de música, oyó algunas frases del discurso de Masko, que tenía la costumbre de marcar todas las sílabas para dar mayor importancia á sus palabras.

—Yo le quiero bien,—decía Masko;—cada cual tiene su flaco, y su flaco es el dinero. Yo le estoy agradecido, porque me ha convencido... Kerzemien... El no le quiere mal porque no trató de espe-

cular... Confieso que todo eso excitó de gran manera mi curiosidad.

A esto respondió Marina con gran viveza, y Polaniecki oyó de nuevo, y esta vez perfectamente, la conclusión del discurso de Masko que decía:

—El carácter no está desarrollado aún, y su energía es tal vez mayor que su genio; pero en el fondo es un buen muchacho.

Polaniecki comprendió que hablaban de él, y adivinó la táctica de su rival. Más indulgente que imparcial en sus juicios, más inclinado a la alabanza que á la censura, reconocer en el rival ciertas buenas cualidades negándole empero al mismo tiempo toda distinción, era la finísima táctica inventada por el joven abogado. Con este sistema se creaba una aureola de hombre generoso y justo. Polaniecki comprendió además que Masko obraba de tal modo, más para ponerse en evidencia á sí mismo que para hacerle daño á él, y que de seguro habría hablado en iguales términos de cualquier otra persona en quien creyese ver un aspirante á la mano de Marina.

En el fondo, pues, era una táctica de la que tal vez se habría servido también Polaniecki en semejantes casos, pero en la disposición de ánimo en que se encontraba en aquel momento, consideró á Masko como á un verdadero bribón, y juró desquitarse á la primera ocasión que se le presentase.

Terminado el concierto, se convenció de que Masko tenía ya gran confianza con la señorita Plavicki. Cuando esta, para atarse el chal, se quitó los guantes y se los puso sobre las rodillas, Masko se apoderó de ellos junto con la sombrilla. Después

cogió del respaldo de la silla el abrigo, para ponerlo luego en los hombros de la niña á la salida de la sala.

En el jardín, Masko, después de haber ayudado á Plavicki y á su hija, en el coche quería alejarse, pero Marina se volvió hacia él, y, haciéndole seña de que subiera, dijo en alta voz:

—Ya sabe usted que papá le ha invitado á venir con nosotros. ¿No es verdad, papá?

—Así lo habíamos acordado ya,—contestó Plavicki.

Masko aceptó la invitación, y partieron después de haberse despedido de Bigiel y de Polaniecki.

Los dos amigos salieron en silencio del jardín; solo después de algún rato, Polaniecki dijo con aparente calma:

—Me gustaría saber si están comprometidos ya.

—No lo creo,—respondió Bigiel,—pero sería muy posible.

—Eso pienso también yo.

—Siempre he creído que Masko escogería una mujer rica, pero hasta parece que está enamorada. Por lo demás, si se casa con ella, ya no necesita pagar Kerzemien, y el negocio no es tan malo como parecía á primera vista... Y la muchacha es hermosa, verdaderamente hermosa.

Guardaron silencio de nuevo; pero Polaniecki tenía tan oprimido el corazón, que no pudo dominarse por más tiempo.

—Te confieso francamente,—exclamó,—que solo el pensar en semejante casamiento me dan vértigos... Y no puedo hacer nada, absolutamente nada. ¡Qué papel tan ridículo he hecho yo en este asunto!

—Te dejaste llevar de la cólera, y esto le puede suceder á cualquiera. El mal estuvo en que tú fueses acreedor de su padre. Pero, en fin, deja que el agua siga su curso y hazte la suposición que todo es para bien tuyo.

—Pero, ¿de qué me serviría esto,—replicó vivamente Polaniecki,—cuando sé que todo va al revés de mis deseos? ¡De nada! ¿Crees que me importa ahora saber si estoy enfermo ó sano? El porvenir me parece hueco y obscuro. Tu vida ha alcanzado tu objeto. ¡Pero yo! Había aparecido por último una pequeña vislumbre de esperanza y toda se ha desvanecido.

—Pero la señorita Plavicki no es la única niña que existe en la faz de la tierra.

—Para mí es la única, porque aún cuando existieran dos, ya no pensaría más que en una. Casi desearía que estuviesen prometidas, así habría terminado todo.

—Una sola cosa te voy á decir: cuando yo era niño y se me clavaba una espina en el dedo, me hacía menos daño quitándomela yo mismo, que haciéndomela quitar por otro.

—Es verdad,—replicó Polaniecki,—pero la espina solo se puede quitar con tal que no haya entrado demasiado en la carne, y se la pueda agarrar. Por otra parte, esta comparación no es aplicable á mi caso, porque si yo ahora obrase según tus principios, quedarían desvanecidas todas mis esperanzas en un porvenir dichoso.

—Cierto es, pero no hay otra salida.

—Quien no es mujer no puede saber que cosa sea la resignación.

A estas palabras se sucedió una pausa. Más antes de separarse de su amigo, Polaniecki dijo á modo de conclusión:

—El domingo no voy contigo al campo.

—Tal vez será mejor,—le contestó Bigiel.

XI

En su casa aguardábale á Polaniecki una noticia inesperada. Halló un telegrama de la señora Ewatovski, que estaba concebido en estos términos:

«Llego mañana por la mañana. Litka está bien.»

No había presumido una vuelta tan repentina; pero tranquilo respecto á la salud de la niña, supuso que algún asunto muy urgente debía reclamar la presencia de la señora Emilia en Varsovia. Nuevas esperanzas lo reanimaron, como si la señora Emilia debiera ser la hada bienhechora dotada del poder de cambiar de un golpe los sentimientos de Marina. Aún cuando había renunciado á la invitación de Bigiel, mudó en seguida de opinión, suponiendo que la señora Emilia formaría parte de la comitiva.

Aquella misma noche escribió al señor Plavicki anunciándole la llegada de su amiga, con la esperanza de que con este acto se haría acreedor á la gratitud de Marina.

Al día siguiente, muy de mañana, se hallaba ya en la estación. Mientras aguardaba la llegada del tren, paseábase arriba y abajo con paso rápido, para entrar en calor, porque la mañana era algo fría. La estación y las largas filas de vagones estaban envueltas en la niebla que apoyándose en el suelo,

iba dilatándose hacia arriba, adquiriendo un color de rosa pálido, precursor de un día hermoso. De improviso, dos figuras se destacaron de la niebla delante de él: la primera era la de Marina que venía á saludar á la señora Emilia; la otra la de la camarera que la acompañaba.

Aquel inesperado encuentro le puso de momento en gran apuro. Más luego se acercó á Marina y dijo tendiéndola la mano:

—Buenos días, señorita; ayer recibí el telegrama y me apresuré á enterar de él á su padre de usted, creyendo que le sería agradable esta noticia.

—Muchas gracias; verdaderamente me produjo una grata sorpresa.

—El tren no llega hasta dentro de media hora y le aconsejo que no lo espere usted aquí al aire libre, porque hace demasiado frío.

—Aguardaré en la sala de espera.

E inclinándose ligeramente se retiró.

Polaniecki volvió á emprender su paseo.

Poco después se oyó la señal de la llegada y empezó á distinguirse entre la niebla la masa del tren que avanzaba. La locomotora se detuvo resollando en la estación, mientras el vapor sobrante se escapaba silbando estrepitosamente por debajo de las ruedas delanteras. Polaniecki se acercó apresuradamente al vagón cama, y divisó, apoyada en los cristales del ventanillo el rostro de Litka, que, á la vista de su amigo se había animado de alegría. Hizole seña de que subiera, y pocos instantes después Polaniecki penetraba en el carruaje.

—¡Querida mía!—exclamó cogiendo la mano de